

SERMON

DE LA EPIFANIA

Cum natus esset Jesus in Bethlehem Judae, in diebus Herodis Regis, ecce Magi ab Oriente venerunt Jerosolymam, dicentes: ubi est qui natus est Rex Judaeorum? Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. Audiens autem Herodes Rex, turbatus est, et omnis Jerosolymam cum illo.

Habiendo nacido Jesus en Belen de Judá, en el tiempo en que reinaba Herodes, vinieron desde el Oriente los Magos á Jerusalem, y preguntaban: ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Vimos su estrella en el Oriente y hemos venido á adorarle. Sabiendo esto el rey Herodes, se turbó, y lo mismo sucedió á toda la ciudad de Jerusalem.

S. Mat. c. 2, vers. 1, 2 y 3.

La nueva feliz y consoladora del nacimiento del nacimiento del Salvador, que mereció ser anunciada por los espíritus celestiales con cánticos de alegría; deseada con ansia por los Patriarcas, por los Profetas y por todos los verdaderos israelitas; en vez de colmar de gozo y de júbilo á Herodes y á toda su corte, los llena de espanto y consternación, y los agita con mortales angustias. Pero ¡qué había en semejante noticia, que fuese capaz de so-

y de infundir pavor en este príncipe de carácter impávido y violento? Jesús en Belen reclinado en un pesebre; Herodes exaltado sobre el trono de la Judea: Jesús débil, pobre, ignorado de todos; Herodes célebre en todo el Imperio, poderoso y temido por sus súbditos: un Niño, y un rey. Sin embargo tiembla este Rey, formidable, por su autoridad y por su indole sanguinaria; se turba y toda su Corte con él, al oír la pregunta de los Magos: *¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Ubi est, qui natus est, Rex Judaeorum?*

¡Ah, Católicos! este príncipe extranjero, este monstruo de ambición y de crueldad, homicida de su esposa, asesino de sus hijos, que había llegado á sentarse sobre el trono de David á fuerza de artificios y violencias, no gozaba en paz del fruto de su usurpación. Su corazón estaba continuamente asaltado por el temor de que algún heredero de la sangre de los reyes de Judá, viniese á lanzarle de la posesión de sus padres, y á reintegrarse en el trono prometido á su posteridad. ¡Qué mucho, pues, que Herodes se estremezca al oír de boca de los Magos la noticia de haber nacido un Rey de los judíos! ¡un Mesías, de quien, seducidos con las brillantes imágenes que de él les habían prestado los Profetas, no tenían otras ideas los israelitas que las del poder, de la gloria, de las victorias y conquistas que debían señalar su reinado? Creían ya ver á sus piés á todas las naciones, todos los tronos derribados, todos los pueblos de la tierra tributando humildes homenajes al Rey Mesías; y que el imperio del universo había llegado á ser su herencia, y por consiguiente, el patrimonio de los hijos de Jacob. Así que Herodes, siguiendo estas erradas ideas de los judíos, y burlado en sus esperanzas de la vuelta de los Magos con la noticia de haber visto al Niño Dios, se turba, se sobresalta y teme ya la pérdida de su reino; y enfurecido, para asegurar su trono, adopta el arbitrio bárbaro y cruel de degollarle en su cuna. Pero, ¡cuánto ciega á este frenético príncipe su ambición! ¡cuán distantes están los judíos de

haber atinado con los verdaderos caracteres con que los Profetas habian pintado al Mesias! No; el Dios que venia á enseñarnos el desprecio de las grandezas humanas, no debia darse á conocer sino por su humildad y su mansedumbre. Si se hubiese dejado ver entre nosotros como un conquistador, como un destructor de los tronos y de los imperios, como un hombre revestido de todo el aparato pomposo del poder y de todos los atributos del orgullo; este fin, este proyecto ¡hubieran sido dignos de un Hombre-Dios; hubieran sido propios para conciliar á la Divinidad aquel respeto profundo, aquel intenso amor que le debemos por tantos títulos? Jesucristo, pues, viene como Rey; mas como un rey pacífico, como un rey de los espíritus y corazones, sobre los cuales principalmente se ejercen la fuerza y la virtud secreta de su imperio eterno; pero por lo demás, léjos de declararse enemigo de los tronos y usurpador de la soberana autoridad, se muestra desde sus primeros dias súbdito el mas fiel, el mas sumiso, el mas obediente á la pública potestad. Tal es el asunto que me he propuesto tratar en este discurso. Imploremos etc. AYE MARIA.

Primera parte.

Un rey conquistador de los corazones; ved aquí, católicos, el verdadero triunfo de la grandeza suprema, y el mas bello espectáculo que un príncipe puede ofrecer á los ojos de sus pueblos. En efecto, qué tesoro para un pueblo, un Monarca que se hace amar de sus súbditos! Su nombre querido, su nombre que jamás se pronuncia sin ternura, vuela de boca en boca, de generacion en generacion. Los hijos aprenden de sus padres la historia de su reinado y la trasmiten á sus descendientes. Es una tradicion doméstica, ó mas bien, nacional, cuya duracion afianza el reconocimiento, el amor y la virtud. Su trono

puede llegar á ser presa de un conquistador; pero los monumentos de su régia bondad sobreviven á las ruinas de su imperio, y á las revoluciones que le han destruido. En una palabra, el título de rey pacífico y amable es el mas augusto á que puede aspirar el príncipe que apetece una sólida gloria: título adorable, si puedo explicarme así, que recuerda á todos los corazones los nobles sentimientos de una alma delicada, generosa, verdaderamente sublime, digna de los homenajes de todo el universo.

Pues, católicos, ved aquí bajo qué idea nos representa la Escritura el reinado de Jesucristo. Hija de Sion, rebosa de alegría, dice el Profeta: hija de Jerusalem, prorrumpe en demostraciones de regocijo; aquí viene tu Rey, un Rey que tiene por carácter distintivo la dulzura: *Eccc Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Debia, pues, manifestarse este nuevo Rey bajo los tiernos auspicios de la paz y de la beneficencia. No es esto decir que no pudiese atraer á su cuna á los mas famosos personajes del siglo; pero no convenia así, á sus proyectos, harto diferentes de los que en tal caso formarían los mundanos; y para hacerse buscar y obedecer como Rey, sin necesidad de revestirse del aparato pomposo que tanto impone á los hombres carnales, llama del Oriente á unos sabios; á quienes una vida exenta de todo fasto hacia dignos de adorar al nuevo Monarca, en el humillante estado á que se hallaba reducido en el pesebre.

Bien pudiera tambien entrar en el mundo, como Soberano universal, precedido del terror y de la consternacion; encadenar á su carro victorioso á sus enemigos vencidos; y conducido el Deseado de las naciones de ciudad en ciudad al estrépito de esta marcha triunfante, hubiera podido llenar toda la Judea con el prestigio de su nombre y el esplendor de su fama; pero no cumplia así á los designios de su sabiduria, ni á la gloria de su legislacion. Publicar la ley con amenazas terribles contra los infractores; es la gloria y la obra de los hombres; dar la ley humillándose y abatiéndose, solo puede ser la gloria y la obra de un Dios. Viene, pues, este Rey legislador:

Ece Rex venit; ¡pero cómo! Sin brillo, sin magnificencia, sin señal alguna de su poder. Yo no veo en derredor de su cuna ni guardias que le defiendan, ni amigos que le sostengan, ni el fausto imponente de las riquezas y de la gloria; léjos de eso, véole desamparado, ignorado, y en mayor abandono que á los hijos de los padres mas oscuros.

Digámoslo todo; este Rey viene á fundar un nuevo culto, á establecer un nuevo imperio: ¡y qué tiempo escogió para hacer su entrada en el mundo? El tiempo en que, para darse á conocer, parece debía ostentar mas grandeza y magestad; el tiempo en que el universo, agitado por las violentas convulsiones de tantas guerras, por el choque de tantos ejércitos, por la rivalidad de tantos conquistadores, por el trastorno de tantos tronos é imperios; renaciendo, por decirlo así, de sus ruinas, y respirando apenas bajo el mas dichoso de los Césares; el universo parecia asombrarse por reconocer todo él no mas que un Soberano: el tiempo en que, mas acreditada que nunca la idolatría, y postrados los pueblos delante de los dioses, obras de sus manos, el dominio de la supersticion no tenia otros límites que los del mundo: el tiempo, por fin, en que Roma, la mas delincuente y la mas célebre de las ciudades, Roma, desde lo alto de su capitolio, daba á las demás ciudades el ejemplo del crimen; en que envanecida con sus dioses y mas envanecida aun con su Emperador, Roma, en la embriaguez de su orgullo, parecia pretender igualdad con ellos, é incensaba del mismo modo á Augusto y á Júpiter. ¡Qué tiempo para establecer un nuevo culto, aquel en que la impiedad pagana hacia tan rápidos progresos por todas partes! Y ¡cómo sin una autoridad suprema derribar tantos ídolos y destruir tantos altares? ¡Qué tiempo para hacerse reconocer por Rey del universo, aquel en que la grandeza romana tenia aprisionados todos los pueblos con los grillos de la esclavitud! ¡y no parece que para abatirla y humillarla, era preciso oponerla una grandeza mas brillante y un poder mas formidable!

Vanos discursos de la sabiduría humana. Viene el Rey pacífico, el Rey de los siglos futuros: *ecce Rex*; y mientras Augusto, coronado de laureles, rodeado de sus legiones triunfantes, encadena á sus piés los pueblos vencidos, mientras los ídolos de todas las naciones, colocados en los altares mas magníficos, en los templos mas pomposos, Diana en Efeso, Júpiter en el capitolio, reciben todos los inciensos y llevan en pos de sí todos los sufragios; Jesucristo humillado, Jesucristo pobre, paciente, anonadado, hállase en Belen, reclinado en un pesebre.

A la presencia de este contraste ¡quién puede contener su admiracion, su asombro? Sin embargo, en este contraste mismo reconozco al Rey pacífico, y descubro los primeros fundamentos de la verdad de su Religion. ¡Y por qué? Porque desde la oscuridad de su establo, desde la nada de su pesebre, veo á este Niño arrastrar hácia si los pueblos y las naciones, y hacer desde su cuna mas conquistas que Augusto sobre el carro de la victoria. Veo á este Niño por débil y despreciable que parezca, derribar los ídolos hasta tal punto respetados, hacer callar, segun los mismos paganos refieren, los oráculos tan ponderados del gentilismo; y sin ninguna violencia, conquistar los homenajes del mundo entero. De suerte que, sin otras armas que las lágrimas que le veo derramar, subyuga mas países que los Césares derramando torrentes de sangre; sin otras amenazas que los gemidos que en su cuna resuenan, se hace obedecer mejor que los tiranos con sus implacables furros; sin otra magnificencia que la pobreza de un establo, se concilia mas respetos que todos los monarcas con el fausto de sus palacios; sin otro trono que la paja de su pesebre, vé á sus piés mas adoradores que todos los príncipes bajo el orgulloso atavío de la púrpura y de la diadema; sin otra recompensa que ofrecer, que la particion de sus ignominias y padecimientos, encuentra mas secuaces que los dioses de las otras religiones con sus lisongeras promesas; y aun mas, mártires sin número, resueltos á morir, y que murieron en efecto inmolándose en obsequio suyo. Y ved aquí el

colmo del prodigio; ved aquí lo que no se puede admirar bastante; lo que iba á dar el Evangelio, que es el código de la legislación de este Rey de paz, el carácter de Divinidad que debía convencer muy pronto á sus más fieros enemigos, propagándose por toda la tierra, sometiendo todos los pueblos al imperio del nuevo Rey. Pasemos adelante. Habis visto que Jesucristo ejerció desde la cuna las funciones de un Rey pacífico, de un rey superior á todos los reyes. Ahora vais á ver, que Jesucristo desempeñó tambien en el mismo estado los deberes de un súbdito fiel, y que nos ha dado ejemplos de sumisión y obediencia á los soberanos temporales.

Segunda parte.

El momento mismo en que el Verbo eterno se hizo hombre, fué el primer momento de sujecion á los reyes de la tierra. Un usurpador estaba sentado sobre el trono de Judea, que era un reino tributario del imperio, y el Señor de Roma era Señor del universo, cuando vino el Angel á anunciar á Maria la Encarnacion del Verbo y el nacimiento del Mesías.

En tales circunstancias, ¿quién no creyera que el Hijo del Altísimo descendia de los cielos para librar á su pueblo de la esclavitud, y despojar á los Césares del imperio del mundo? Pero mis pensamientos, dice el Señor, no son como los vuestros. El pecado del primer hombre habia consistido en rebelarse contra su Dios y desobedecer á sus preceptos; era preciso, pues, para satisfacer por el condignamente, que un Dios viniese á obedecer al hombre; y para derribar la valla eterna que separaba al hombre de su Dios, preciso era que viniese su Unigénito Hijo á sujetarse á los tiranos. Así que no creais que Su Magestad viene á apoyar á los pueblos oprimidos;

que declarándose enemigo de la tiranía, derribe á los conquistadores de sus tronos, y los cargue de prisiones; ó que, enarbolando el estandarte de la rebelion, subleve á los pueblos vencidos, y les enseñe á vengar con negros atentados las libertades públicas.

Ah! con cuán diferentes colores nos le habian dibujado los Profetas! Una oveja que conducen al matadero, y un cordero que en silencio sufre que le despojen de su lana y le pongan sobre el altar del sacrificio; tales son las imágenes con que el Mesías fué anunciado á los reyes del mundo. Isaias habiale pintado como un hombre tan suave, como un ciudadano tan pacífico, como un súbdito tan fiel, que seria incapaz de formar partido de oposicion, de fomentor alborotos, de amotinar á los mal contentos y de proferir el menor grito de sedicion. Tan lejos estuvo de hacerle temible á los soberanos, que antes bien, habia profetizado que este pacífico Redentor no emprenderia ni aun el quebrantar una caña medio rota, ni apagar un tizon que humease.

Ló mismo fué nacer Cristo que comenzar á cumplir estas grandes profecías. Apenas entró en el mundo, se halló hecho el blanco de las persecuciones de un tirano y en peligro inminente de perder la vida. Bien pronto la recelosa y cruel política de Herodes busca medios para confundirle en la horrorosa mortandad de una multitud de inocentes. No hubo para Jesus, á fin de evitar la muerte, otro arbitrio mas conveniente que el de la fuga; y por esta no solo proveyó á su seguridad, sino tambien á la de los mismos perseguidores de la inocencia. Así que, por mas que la sangre de mil inocentes clame por la venganza y pida una victima, no suministrará Cristo el mas leve pretexto á la rebelion de los súbditos oprimidos injustamente. No dará Su Magestad ejemplo alguno que sea fatal á la tranquilidad de los imperios. Parece sin duda que no ha nacido mas que para prestar obediencia á la autoridad soberana. Su primera voz fué la de un súb-

dito fiel; sus primeros dias fueron consagrados á la mayor firmeza de los tronos; y sus primeros pasos nos enseñan el camino de la sumision y de la paciencia.

No es mi ánimo traspasar los límites á que al principio he reducido el campo de mi discurso. De otra suerte me fuera fícil hacerlos ver que el Salvador, en el resto de su vida, léjos de contrariar las lecciones que nos diera en su infancia, las confirmó mas y mas; que hasta el momento de morir fué sobremanera obediente á las leyes de la Religión y del Estado. Parece que por espacio de treinta años olvidó su Divinidad, para no ocuparse de otra cosa que de cumplir con las obligaciones de un buen ciudadano; sin que dejase de pagar tributo, sin que hubiese ley, costumbre, ni ceremonia religiosa de que no fuera observador escrupuloso; aunque de ello estaba dispensado por su divina filiacion.

Mas no nos admiremos, católicos, al observar la esmerada obediencia de Jesucristo á la autoridad soberana. Este divino Señor veía en ella la autoridad de su Eterno Padre; su imágen y su voluntad en la voluntad y en la imágen de los reyes; sus órdenes en las leyes civiles; y su providencia en la policía que mantiene la tranquilidad del Estado; y de ese constanté principio nacía su dependencia y subordinacion á las potestades temporales.

Instruidos, pues, por tan gran Maestro, miremos en adelante á los Monarcas como á representantes del Rey del cielo y de la tierra; su autoridad como una participacion de su imperio eterno; su poder como una parte de la Omnipotencia; y su grandeza como la angusta imágen de la grandeza divina. En una palabra, el Señor se comunica á los que se ha dignado colocar sobre el trono; se dibuja, se reproduce hasta cierto punto en su sagrada persona; y forma la Magestad de los príncipes con algunos reflejos de la divina Magestad.

¡Qué bella doctrina, católicos! ¡Con cuánta razon se debe preferir á los tenebrosos sistemas con que los perturbadores de la Religión y del Estado se atreven á erigirse públicamente en jueces de sus soberanos, á arreglar

los límites de su potestad, á determinar hasta qué grado les deben prestar obediencia los súbditos, y á hacer balancear, con las sediciosas máximas que esparcen en el seno de los imperios, el único fundamento de todas las sociedades civiles! ¡Qué no han escrito estos sofistas, enemigos declarados de la pública armonía, para hacer odiosa la independencía de los tronos? Han desconocido la mano suprema que los dá y los quita segun le place.

¡Qué no podria yo decir aquí en favor de la independencía de los reyes, si quisiese retroceder con estos pretendidos filósofos á aquellos primeros tiempos, en que ellos imaginan que unas reducidas sociedades, formadas al principio por la necesidad, y armadas despues las unas contra las otras por el interés y por las pasiones, fueron precisadas á darse á sí mismas jefes capaces de gobernarlas y defenderlas! Yo veria sin duda, desde el principio, á cada familia no tener otro soberano que su jefe natural; que la autoridad paterna era esclusiva; y todo contrato entre el padre y los hijos desconocido y rechazado. Veria tambien á muchas familias descendientes de un padre comun, separarse despues unas de otras como el tronco de un árbol se divide en varias ramas.

Veria en seguida á todas las naciones descendientes de un solo jefe, partir de un solo punto, pasar á diversos países, y conservar cada una sus jefes naturales, que establecen los fundamentos de los estados; que procrean, conducen y gobiernan á los pueblos. Veria, por fin, á estos jefes primitivos designados claramente por sus nombres, así como los pueblos que de ellos descendieron, las regiones que les estuvieron sumisas y las ciudades en donde reinaron; pero en vano buscaremos, entre todos los monumentos de la antigüedad, uno solo que justifique haberse verificado en aquella época esas asambleas, esas elecciones, esos convenios, que ciertos filósofos establecen como fundamento de las sociedades. Hasta los defensores del famoso Contrato están de acuerdo en esta parte con nosotros; *nulla de iis litterarum monumenta extant.*

Oh! cuán superior es la religion á los delirios de los filósofos! Ella es el verdadero pacto social entre el Monarca y los súbditos. Vedle aquí, católicos: ved aquí el pacto que en vano buscan los publicistas á quienes he aludido, en el origen de las sociedades. El mismo Dios es autor de él: concebidle bien, y reconoced que sola la Religion puede asegurar en términos satisfactorios la autoridad de los soberanos, la felicidad de los pueblos y la quietud de las naciones. Ella nos hace contemplar al Ser Supremo presidiendo desde la elevacion de su trono á la consagracion de los monarcas; y que desde allí recibe Su Magestad, por una parte, los votos que la nacion hace de estar fielmente sumisa á su príncipe, y por la otra, los que emite el monarca de ser humano, justo y benéfico; y dice al rey como en otro tiempo á Ciro: «Yo te he elegido para ser el pastor de mi pueblo; reina pues en mi nombre; ejerce mi imperio; sé la imagen de mi bondad; respeta tus juramentos, y gobierna á este pueblo segun sus leyes. Esa corona, es verdad, te hace independiente de tus súbditos; pero si bien eres superior á ellos, mis leyes eternas son superiores á tí; y yo debo ser su vengador implacable.»

Dice asimismo al pueblo: «vosotros obedecereis al Soberano como á mí mismo; porque él está en mi lugar; yo le he revestido de la autoridad suprema. Mas ó menos digno de nuestra gratitud y aprecio, siempre tiene igual derecho á vuestra fidelidad.»

¡Qué doctrina tan santa, tan admirable! ¡cuán útil para los reyes y para los pueblos! ¡cuán necesaria para la paz y tranquilidad de los imperios! ¡cuán propia para asegurar la autoridad de los monarcas y la felicidad pública!

¡Plegue á Dios que penetrados los príncipes, á ejemplo de los Magos, de que hay un monarca universal cuyo imperio eterno se extiende sobre todos los Reyes de la tierra, y siguiendo los pueblos las lecciones de sumision á las públicas potestades que desde la cuna nos ha dado Jesucristo, desempeñemos todos los mútuos debe-

res que la Religion nos impone y que la patria exige imperiosamente de nosotros! De este modo, Reyes y pueblos, despues de haber pasado en la tierra dias prósperos y felices, en una lisongera y amable sociedad, mereceremos gozar en el Cielo de la eterna bienaventuranza. Amen. (1)

(1) Anónimo. Revisado por la censura.